

## DOS POEMAS

*Horacio Aige*

### CABALLOS AL VIENTO

Puro, como a lo lejos la curva que al mar encierra,  
me quedé imaginando una llanura con caballos.  
Los hocicos ávidos de pasto, las crines libres al viento,  
las colas jugando ante el paisaje verde de los pinos.  
Mientras, como vírgenes a punto de ser prostituidas,  
sobre los tejados de una capilla triste,  
centelleos blancos del sol aparecieron,  
manteniendo los caballos, las nubes, las hojas,  
firmemente arraigados, aunque todos ellos fluían  
hacia el este como las olas en el mar,  
cuando de pronto, sobre mi cuerpo giró un sueño,  
variando en mí cada pasaje visionario.  
Entonces, empecé a ver  
un caos de formas bajo una amargura cálida:  
exóticos como animales mitológicos  
caballos delirantes en el verde girante  
llorando en los márgenes  
nostalgias de tiempos mejores.  
A poco, el sueño me excitó, me lanzó, me sacó de mí,  
lejos de mi propio centro. Y en su sucesión, yo mismo  
y los caballos y las nubes y las hojas y todos los planetas  
girando avanzamos desesperados.  
Luego, como si aquellas lágrimas no pudieran quitarla,  
nuevamente fue la nada, sólo angustia.  
Tan unida a mí, como una parte más de mi cuerpo,  
circulando pura en mi sangre

ante lo que era y lo que sería.  
Instante grave, crucial, a partir del cual  
queriendo cambiar, ser otra cosa,  
desesperadamente me esforcé.  
Pero todo fue inútil, cada vez tan sólo  
el perfecto sucesivo orden de la misma nada.  
Así las cosas, lo que entonces deseé  
es lo que había sido  
antes que los años, antes que la lucidez,  
antes que el bien y el mal  
trágico me colocaran ante aquel incidente:  
tan sólo caballos de pinos al viento  
despacio girando  
fuera del tiempo, más allá de la mente.

## ENCUENTRO CON GOMBROWICZ

Preocupado por el más allá, muy solo y masticando rabia  
y hablando imaginariamente con la muerte, ese día  
anduve incansablemente por las veredas de Plaza Retiro,  
hasta que de pronto,  
me paré muy cerca de la inmensa Torre de los Ingleses  
para observar, a lo lejos, el atardecer de autos en movimiento  
y recortados edificios.

Dadas las cosas así, de golpe me di cuenta que Witold Gombrowicz  
—aún medianamente joven pero velozmente envejeciendo— estaba  
también parado ahí, mirándome, muy cerca de mí  
y sintiendo el mismo nudo en la garganta que yo  
tras el sol final de esa tarde, sin nadie más, tan sólo nosotros mismos  
cansados vagabundos semiderrotados.

—Mire el reflujo de la ciudad— me dijo él, manteniendo su mirada  
quién sabe a qué parte de su interior aunque apuntando  
hacia la estación de trenes que teníamos enfrente.

Había en sus cansadas palabras como un corte en el tiempo,  
una vuelta hacia ningún lado, acaso intransitable puente donde  
desunido, el presente, alzándose en su autonomía, ya no era  
parte de la transitoriedad.

Yo entonces, azorado, tan sólo atiné a observar ese reflujo mágico  
por él señalado  
y era todo como un sueño, nostalgias de infancia, alucinaciones  
o corrimientos

girantes en mi mente, que podrían pero no pudieron ser  
dominados en mi tambaleante memoria.

Única débil flexible estructura del tiempo —pensé yo—  
en busca a esa altura  
de cualquier medio de transporte que nos llevara a ambos

de vuelta al sitio que a cada uno —por obvias pertenencias  
a tiempos distintos—

nos correspondiera.

O que nos llevara a ambos de vuelta a un clima del corazón  
donde cada uno pudiera correctamente situarse sin llorar la despedida  
eterna.